

Discurso de incorporación del nuevo académico D. José Marín Cañas

Señor Presidente de la República,
Señor Embajador de España,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Con repajolerísima gracia que a mí maldita la que me hacía, aquel batallador y travieso periodista don Antonio Zelaya Castillo, decía una sentencia al tenor de lo que sigue: “Marín Cañas, es para mí un maestro, porque escribe como no debe escribirse”.

Y esto, que a primera vista es para sacar de sus casillas a cualquier hijo de vecino, bien pronto, de tanto repetírmelo, llegó a ser el enunciado del teorema de este difícil “hacer” de escribir. Y yo me preguntaba para mí: “Si así es como no debe escribirse, ¿en dónde está el meollo de esa esotérica ciencia que tan de cabeza nos trae a todos?”

Lo que me atormentó de joven, sigo sin resolverlo de viejo. y miren Uds. por dónde vengo a declarar, para que quede bien claro y no haya lugar a posibles dudas, que he llegado a la conclusión de que el escribir, por ser un arte y no una ciencia, no tiene asidero fijo, ni le he podido encontrar norma precisa, ni fórmula, ni modelo. ni horma de zapato, ni regla alguna para aconsejar a alguien. si alguien me lo preguntara. Y que sólo he aprendido en mis pobres segundas letras que lo sencillo y austero, lo escueto y directo tiene, en su propia limpidez, la belleza pura más perenne y duradera. Y fuera de esto. fuera de este principio clásico y español—y más tratándose de lo barroco—no sé ni a qué atenerme ni en cuál alero ponerme a cobijo.

Para los que nacimos y posiblemente moriremos en América. el arte de escribir ha tenido doble dificultad y duda. Si miramos para atrás, hemos de encontrar un fenómeno insoslayable, que es, en el fondo, lo primero que nos detiene y comienza por confundirnos.

El escritor de América es impulsado por dos fuerzas: “el hacer” de los antepasados y el furor del paisaje que lo rodea. Es curiosa esta contraposición, y ella ayuda más que nada a que la mente se extravíe y no sepa uno, a última hora, por cuál camino ha de coger y a dónde ha de ir a parar.

Ocurrió, que al emanciparse la América Hispana de la ubre madre, por rebeldía volvió sus ojos a lo que los entusiastas llaman la Francia Inmortal, cuna al parecer de muchas cosas sabias, y fue

tal el entusiasmo que les despertaba el sentirse libres de la dominación que, como niños que han hecho rabona, dieron cuatro zapatetas al aire y comenzó el tener como oro puro lo que veían y como brillante y pulido lo que oían. De Francia, pues, recibimos la primera impresión, y en ello no hay que culpar a nadie, porque este fenómeno de mimetismo se produjo también en España misma, cuando el habla de la Corte comenzó a entrarse en el pueblo, y vinieron, con los airecillos del Renacimiento, lo pulido y poético de lo itálico que atravesaba el mar y los picos pirenaicos.

Nos dio, pues, por hacerlo todo “a lo francés”, como si con ello afianzáramos nuestra propia libertad de acción, y así bien pronto aparecieron cuentistas a lo Maupassant, novelistas a lo Hugo y no tardaron en llamar la atención del público lector *Aura*, *Amalia*, y *María*, que eran tres señoras distintas y una sola *Dama de las Camelias* verdadera.

Comenzó nuestro “escribir”, a mi torpe manera de ver, con un conflicto: pulida y orfébrica forma, frente a un paisaje hosco, bárbaro y de proporciones desmesuradas.

Siempre he creído que cada pueblo habla como vive, y vive como sobrevive. Esto, que más parece un calambur, tiene su explicación y a ella voy.

El italiano, con limpios cielos, tierras ricas, mares transparentes, tendrá que ser imaginativo y poético. Todo invita a que la dinámica lírica luzca bajo los dones maravillosos de su tierra. El inglés hablará con la voz engolada por el frío de la niebla y pensando en la gloria de Sir Horacio Nelson. Las campiñas escocesa y gallega invitarán al buen *whisky* y a la buena sidra, al humor regocijado, al sano esparcimiento del espíritu, porque las praderas verdes, las ubres gordas y las pieles lustrosas prestan al ánimo de la gente la paz misma de los campos y el calorillo de los soles en las bardas florecidas. Y el francés será melífluo e insinuante, gangoso y enamorado de la pedrería, porque siempre estará recordando las glorias del Imperio, las águilas mudas hoy de un ayer de rococó, hastiado un poco de su propia inteligencia y un poco también de su propia cultura. Pero el castellano hablará siempre con austeridad y ponderación, con amargura y tristeza, sin melancolía de glorias pasadas ni esperanza de futuras. El castellano hablará como su tierra: seca, parda, ruda. No habrá en el castellano ni pedrerías de encanto, ni florilegios renacentistas, ni humor de gozo campesino. El castellano es un idioma en que se ha llorado por siglos, y su acento inconfundible no se pierde con el tiempo ni se deja en las zarzas del camino.

Es, pues, un “hablar”, para cosas grandes y austeras, y no para fiestas y florilegios, pasamanería de hilo, ni lino ni seda. Es idioma de hermosa trama y rico colorido, pero fabricado como esta-

meña ruda y sirve por lo tanto para cincelar en palabras todo aquello que tenga un hondo sentido, una profunda dimensión, un conmesurable pero gigantesco tamaño. Es el hablar de los momentos patéticos. En español habló don Quijote, que fue el primero que dijo de la Tristeza y de la Pobreza, y en español se gritó Tierra, que es decir se bautizó un mundo.

El tomar a Francia como tipo modélico de nuestras estructuras literarias y de nuestra forma de construir la expresión novelística y aun en general la literaria, fue un error que nos tuvo mucho tiempo en desasosiego y sin encontrar luz y camino por donde ir con paso firme y hacia metas seguras. ¿Cómo podíamos acomodar esta forma de salón, pulida por la cortesanía, con el espectáculo bárbaro y en bruto que teníamos delante?

Ha sido preciso que América descubra a España, en un viaje inverso, que ame a Santa Teresa y se adentre en el Quijote y en Quevedo y Baltazar Gracian, y en Fígaro y Ganivet y don Benito (Lope y don Luis de Góngora son la excepción que confirma la regla), y ya sean nuestros los del 98, para que aprendamos en Unamuno, en Baroja, en Ortega y Azorín, la sencillez como calidad insigne, la llaneza, como expresión suprema de una raza por lo que no habla el espíritu sino el dolor; para que vengamos a caer, que con el barro que tenemos en la mano, más nos saldrán las cosas limpias, rudas y directas, que rodeadas de merengue y floristería.

Y tengo para mí que cuando, y sólo cuando América entendió esa forma sencilla y limpia de pensar y sentir, fue cuando el escritor de esta América Hispánica pudo trasladar al papel el conflicto de su continente. El español fue en su mano el barro maleable, dúctil, listo a acomodarse a la descripción de lo gigantesco del paisaje, de lo rudo del drama, de lo patético del lar.

Cada artista debe usar, para el tema que aborda, el material que le sirve. Los adagios de Beethoven están en tonos menores y los cuadros del griego tienen tintes oscuros y extraños. El color y el tono adquieren, en la mano del hombre de genio, el matiz que requiere la obra. Así el escritor, según hable, debe escoger en qué habla: el diplomático hablará en francés y el comerciante en inglés, y el español será para encomendarse a Dios, para bautizar mundos, para llorar derrotas y para hacer cristianos.

Y si para eso sirve, que es, en realidad, lo patético de la vida, servirá para decirnos cómo se fue, lomazo arriba, "como quien se desangra", la figura aquíjotada de don Segundo Sombra. Y Cova podrá llenar de luz las páginas de un libro, porque el conflicto del hombre y la selva tendrán el mensaje patético fácilmente concretable en la voz española, que ha sido hecha al través de siglos de conflictos.

Cada pueblo habla como vive, y vive como logra sobrevivir en

la lucha vital. América tenía que hablar como habla Castilla, porque América es el conflicto inverso. Castilla es lo yermo y lo estoico. América, es lo hipertrófico y lo abundante. La sequera española, es aquí el "agualotal". Lo precario de la viña, aquí es la monstruosidad selvática. Pero ambos extremos son iguales, porque el hombre es víctima en ambos de las fuerzas inexorables de una naturaleza hostil. Las mismas palabras, el mismo dejo, el mismo llanto han de ser para unos y para otros. Y el español, hecho de rabiosos silencios, de gritos de angustia, de llantos milenarios, es, ¡por fin!, la parla digna del escenario bárbaro.

Toda la literatura de este período de postindependencia, hasta la reconciliación, está dominado por una figura máxima: Darío. Pero Darío no es un escritor de América, sino un escritor del mundo. Darío no es americano ni español. Es un orfebre que adquiere una católica categoría de artista, a la manera francesa, aunque hable español. Y si esa manera, en lo poético, admite la forma modélica francesa, en prosa se resquebraja y se hace anémica. El "Azul" de Darío no ha de llegar muy lejos por el peso excesivo de su orfebrería, que es decir de su barroquismo.

El siglo XX trajo, con la novela moderna de América, un nuevo aliento. Ni Güiraldes, ni Rivera, ni Guzmán, ni Céspedes, ni Gallegos hablarán a lo Dumas, sino a lo bárbaro, y su acento lo entenderemos mejor porque están midiendo la magnitud conmesurable del paisaje americano con el módulo apropiado.

Nada más impresionante que observar este reencontrarse, volviéndose sobre sí mismo y retornando a percatarse de su origen.

Por fin, no hubo que buscar afuera, sino dentro de nosotros mismos. Detener esa ansia hacia no se sabe qué sitios, cuando todo lo teníamos en el corazón metido. Darse al fin cuenta, de que lo que parecía una fuente misteriosa, estaba a la puerta misma de nosotros, en la palma de la mano, y lo habíamos aprendido del pecho de la propia madre.

Concretándonos a este país, registra nuestra crónica literaria casos de asentamiento tan espectaculares como el de un maestro de maestros, don Ricardo Fernández Guardia, venido de Europa muy joven, con mentalidad francesa. El joven Fernández Guardia aprende el español y lo ama con tal fuerza y pone tal pasión en su amor, que tras de sus primeros escauceos literarios de molde francés, da a la luz sus *Cuentos Ticos*, en los que el enfoque, la parla y el sentido son perfectos, porque está hablando el idioma que se amoldará al conflicto descrito.

Ricardo Jiménez y Cleto González Víquez, que en lo literario producirán pequeñas obras de bisutería, en lo humano, en lo político,

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

en lo vital, darán a la luz páginas limpias, sanas y vigorosas, escritas en un español hondo, directo, despojado de todo artificio.

Y así, por fin, llegan los verdaderos que van a hablar con el sabor nuestro, tales como Magón y Aquileo, Víquez, Jiménez Oreamuno, Mario Sancho, Joaquín Vargas Coto, Mario Alberto Jiménez, Abelardo Bonilla, Fallas, Ulloa Zamora, Dobles Segreda, Moisés Vincenzi, Fabián Dobles etc.

Acabo de pronunciar las 17 letras de un nombre que detiene mi paso. El de Joaquín Vargas Coto he de decirlo siempre, desde que fuimos a enterrarlo, con la unción con que se cristalizan en el transcurso de los años, y conforme vamos declinando, aquellos recuerdos gratos, piadosas manos, samaritana limosna, que gentes caritativas tendieron a nuestro paso.

A mí no me tentaron por igual la gloria literaria y la guerrera, como al florentino autor de las *Sonatas*, pero sí se me clavó de niño una frase en la mitad del corazón: la había escrito un noble joven que velaba sus armas para defender a España: don Hernán G. Peralta. Y decía la frase, leída en un pequeño libro que mi padre guardaba celosamente en su biblioteca, entre la *Electra* de Galdós y los *5 años de mi vida* del Capitán Dreyfus, apasionantes primeras lecturas de mi niñez: “esa nación que, depuestos los bélicos arreos y envuelta en el manto de los griegos, guarda los tesoros de la civilización del mundo”.

Han pasado casi 50 años de esto, y aún la recuerdo porque guardada la tuve en la mitad de mis pobres y pequeñas cosas de valor. Aquel día sentí por primera vez el deseo de escribir.

Una honda emoción me llenó como una tinaja bajo el poderoso chorro que la inunda. La redondez, la belleza, el clamor y lo estoico de la frase me prendieron en el alma una desatentada ambición de poder hacerlo, sin saber—era un niño—que tan elevada misión solamente está reservada a quienes logran mirar a Dios de cerca.

Desde entonces comencé a romper papeles, y no rompí todos los que debiera, viendo la luz muchos por cuya desaparición daría yo la mano derecha. Pero un día una voz humana tuvo una frase de aliento. Era la primera que mis oídos oían y creo que fue la última por mucho tiempo: Joaquín Vargas Coto me alentaba y me sonreía. Era todo cuánto él podía hacer, en lo humano y en lo literario. Lo conocí desde ese plano inclinado, y hacia lo gigantesco, conque las cosas las ve un joven derrotado.

Al conocerlo tuve la impresión primera que conservé hasta la impresión última: su sonrisa. He aquí un hombre que era una sonrisa humana, una sonrisa maliciosa, llena de bondad y picardía; una sonrisa, siempre, sobre todas las cosas, amarga y alegre, triste y pícara, refrescante y contagiosa, satírica y piadosa. Si la cara es el espejo del alma, como reza el refranero popular, la sonrisa es la lámpara del

rostro. Con ella, Vargas Coto iluminaba su decir agudo, la amenidad de su charla, la frondosa generosidad de su espíritu, la varonía de su trabajo, la hombridad de su vida.

Le ví una vez bajo el palio ensombrecedor de una desgracia; la muerte le hirió de cerca, y ahora se sonreía lejana y melancólicamente, y pareciera que al sonreír estaba rezando por el hijo que un mortero le había quitado.

Vargas Coto es, a mi entender, el más genuino caso de encontramiento, valga el llamar así a este fenómeno que apuntaba antes.

Allá por la década del 20 al 30, Don Joaquín era un cronista de temas triviales. América bebía en la fuente de Darío, y los poetas amontonaban, como ahora lo hacen con las lunas luneras de Lorca, las perlas, elefantes, palacios y cisnes del poeta grande.

Señoreaba Gómez Carrillo desde París con una crónica trivial, y contagiaba por la deslumbrante pedrería de sus prosas afrancesadas. Aquel "Húsar Blanco" era el deleite del comentario, y el joven y noble periodista se daba tal maña, que sabían a gloria sus finas prosas sobre temas de mundano sabor.

Apasionado de España, de una España a lo Merimeé, jugaba con gracia sobre los temas, y todos lo leíamos con ese ardiente regocijo que producen la pasión, el encandilamiento y la lírica sobre el lector asombrado.

Esta fue su primera gloria, pero no su verdadera personalidad. Joaquín Vargas Coto fue, más que en ningún otro "hacer", un periodista de labor diaria, de pluma obligada. El periodismo es superficie y la novela es volumen. El periódico se hace con dos dimensiones. La tercera, la profundidad, transforma el periodismo en literatura novelística. El periodista dibuja; el novelista, esculpe. Si transformamos una novela en una nota periodística, el suceso cambia su estructura y su contenido y su mensaje. *La hora veinticinco* es un cable de la United Press. *Buenos días, Tristeza*, es un suceso de la página de accidentes automovilísticos. *Los 3 mosqueteros* mismos, con toda y la tela que hay que cortar para leerlos, no pasa de ser un alboroto de barrio, y unos tes de canasta de gente empingorotada. La nota de periódico es el climax humano reducido a la tarifa telegráfica.

Joaquín Vargas Coto, sin embargo, fue un periodista que logró alcanzar la tercera dimensión en su trabajo. Tuvo tal acierto y tal brillantez en la interpretación y exégesis del pensamiento de nuestros políticos, que al escribir él, parecía que el hombre hablaba. En los periódicos quedaron regados cientos de muestras de esta extraña y difícil habilidad: No parecían sus reportajes escritos por interpósita mano, sino que en ellos palpitaba el pensamiento vigente, actual y vivo del hombre que estaba tras el papel. Joaquín Vargas Coto hizo, en esto, uno de los trabajos más acabados que se han hecho en el país.

y a su pluma prodigiosamente generosa se deben páginas que resolvieron angustias y congojas patrias. Dióse, pues, en su "forma" y "maña", tal grado de pulidez y vitalidad, que logró hacer del periódico no la frase plana de dos dimensiones, sino el concepto humano, real, en el que se palpaba el volumen de un pensamiento presente, directo y vivo. Esta fue su segunda gloria, pero no su última.

La que le da personería permanente y lo instala entre los grandes cultivadores de nuestras letras patrias, fueron, a la par de sus sólidas crónicas españolas, ya de una España auténtica y desnuda, la creación criolla, pícara y burlista, llena de una sabiduría honda hasta el corazón, de aquel sabroso don Camilo Galagarza que al igual o parecido del otro Don Camilo de Guareschi, iba a resumir todo el pensamiento de un criollo ante los problemas que agitan a la patria. No es este Don Camilo nuestro un hombre de acción, como lo fue el asotanado que ha de luchar contra las ideas materialista y marxista, sino el buen viejo seglar, de pensamiento hondo y de ideal alto, de pelo en el bigote para afianzar la palabra empeñada, de jacón flaco en la corraliza, de patio sombreado con marañones y almendros que han de florecer en abril, sabedor de polvos pamperos cuando marzo tuesta los bajíos y pajonales y sólo se conserva verde el "sitio" en donde han de pastar las jibas de las "maizolas" habilitadas, recordador de serenatas con pasillos y conocedor de los guanacastes para sestear. Es, pues, el mitológico jinete de la pampa, enriquecido y envejecido, que conoció a los políticos, desde el bagaceño de Guardia hasta el candidato a síndico de la capital provinciana. En Don Camilo, el Don Camilo nuestro, hay una honda sabiduría tica, un sabor cazurro y divertido, mitad de experiencia y mitad de fantasía, que también le viene lo imaginero de la gente del norte, porque se asegura que más arriba, el Nicarao, cuando señoreaba, tuvo que vérselas con andaluces de mente rápida y decir gracioso.

Don Camilo conoce la ciencia de la vida, que es la única ciencia que no se modifica, y más conoce la ciencia de la política, que en nuestra patria es la ciencia de la vida. Y a todo problema le aplica el decir de Dios, que lo oyó del pueblo y lo aprendió en los sesteos y arreos, entre tratos de ganado y requiebros a mozas. Joaquín Vargas Coto alentó este personaje legendario y nacional con tal vigor y grajeo, con tal donaire y sabrosura, que llegó a ser, vivo, palpitante, permanente, una institución nacional.

Regadas quedaron en las ediciones diarias aquellas limpias páginas de tan honda emoción costarricense, y yo pido, en nombre de todos los que amamos su prosa fácil, su gracia y su ágil pensamiento, que en no lejano día formen tales cartas del paisano guanacasteco un volumen que brille con luz propia en los escaparates de las librerías, para

conocimiento de las generaciones futuras, para solaz de las presentes y para ejemplo de los escritores venidores.

Costa Rica, y por Costa Rica, la Academia Costarricense de la Lengua y la Universidad, débenle al insigne maestro de periodistas un homenaje concreto y reverente. Si Dios me ayuda he de decirlo cuantas veces me venga de ocasión la cosa. Y sólo me sentiré tranquilo cuando, bajo la dirección de esta alta y escogida Asamblea, y con el respaldo del periódico en el que el maestro trabajó, se haga una realidad este libro concretador del pensamiento y habilidad de uno de nuestros más ágiles y caracterizados hombres de pluma que amó mucho, trabajó mucho y empobreció mucho, como artista, como honrado y como castizo.

Voy a sentarme, señores, en el mismo sillón que tuvo la prez y gloria de albergar los intelectos de Roberto Brenes Mesén y Joaquín Vargas Coto, sólo y únicamente por la gentileza con la que trata a mi desmedrada persona la bondad de este Cuerpo que es honra de los campos literarios en esta patria nuestra.

Así como don Alonso Quijano dijo que nunca se vio de señoras mejor servido, he de decir que nunca se vio ente más pobre y falto de bagaje que el que habla ante tan descomunal batalla. Atemorizado y con un hatillo pobre al hombro, me acerco hasta la docta Asamblea que me escucha, con el mismo fervor conque el fiel hinca la rodilla y pone el alma contrita en penitencia. Pido a los pobres fantasmas de mis escuálidos libros—aquéllos que la imaginación de mis años de joven iluso alentó en las páginas de libros olvidados en los anaqueles de las librerías—, Rodríguez y Escarrú, Zavala y Nitsuga, Don Pedro y Don Goyo, que me escolten y guarden para el menester que me aguarda, excesivo para mis fuerzas. Y como buen cristiano, al entrar en la Academia Costarricense de la Lengua, que para mí tiene el simbolismo de un templo, porque representa el más alto sitio y la más ambicionada meta que puede vislumbrarse y desearse en este paisaje sin metas de nuestra época moderna, hago lo que hace el contristado piadoso feligrés de la ermita: me persigno con la señal de la cruz

en el nombre de CRISTO,
de don QUIJOTE
y de mi PADRE.
AMEN.